de la sucesión de la Iglesia Católica; de la resurrección de los muertos; del juicio final, y de la predestinación de los réprobos y elegidos. En este último capítulo procura Vives, como San Agustín, concertar la presciencia con el libre albedrío, recordando que Dios, como Sér eterno é infinito, todo lo ve bajo la razón de presente.

En suma, tanto este segundo libro, como el quinto, son algo así como las *Evidencias del Cristianismo* del Dr. Paley, una obra de carácter apologético.

Libro III.

Está escrito todo él en forma de diálogo entre un cristiano y un judío que discuten acerca de los principales puntos de separación entre sus religiones respectivas, demostrando al cabo el primero la superioridad de la suya.

De los razonamientos contenidos en este libro, así como de algunos de los comentarios á los libros *De civitate Dei* de San Agustín, se colige que no era enteramente peregrino para Vives el idioma hebreo, y que, aunque no con profundidad, debió poseer esta lengua.

Judío y cristiano trátanse á veces con bastante acrimonía, (39) pero de ordinario controvierten sosegadamente acerca de las más importantes materias de disentimiento entre ambos. No hemos de referir al por menor la discusión. Sólo diremos que versa principalmente sobre la inteligencia de las Sagradas Escrituras, el fin y los premios de la ley, la abrogación de la misma, la vocación de los gentiles, el destierro perpetuo de los judíos y el verdadero Mesías. Respecto de esto último, que es trascendental, el cristiano se vale de argumentos tomados de la Sagrada Escritura —*Salmos, Isaías, Malaquías, Joël, Jeremías, Miqueas, Daniel, Zacarías, Proverbios*—para demostrar la divina misión de Jesús y refutar las ridículas consejas del Talmud.

Libro IV.

Como el anterior, está escrito el presente en forma dialogada. Sostienen el coloquio un cristiano y un alfaquí ó sabio musulmán. Aunque Vives muestra conocer bastante mejor que la generalidad de los doctos de su tiempo las

doctrinas de Mahoma, no deja de hacerse eco en alguna ocasión de las preocupaciones reinantes, según las cuales habría de considerarse la religión musulmana mucho peor de lo que en realidad es. Es probable que Vives utilizara el tratado *De confusione sectae Mahometicae*, compuesto por el converso valenciano Juan Andrés á fines del siglo XV, como tal vez utilizó en el libro anterior el *Tractatus contra Iudeos*, de Fr. Jacobo Pérez, de Valencia, impreso en 1484.

Existía ya en tiempo de Vives, aparte de los medianos trabajos de Juan Andrés, una versión latina del *Korân*, que, según G. Sale, «tolerably represents the sense of the original». Nos referimos á la hecha por Maestre Pedro, judío toledano, y mejorada por Roberto de Rétines y Hermann el Dálmata. También había compendios en aljamia, donde Vives pudo enterarse fácilmente del texto sagrado musulmán.

Trátase en este libro: de la personalidad de Mahoma; de la obligación de la guerra, impuesta por el *Korán* á los creyentes; de cómo fué necesario que Cristo fuera el último de los Profetas; del *Korán* y su doctrina respecto á Dios, á Cristo y á la Naturaleza; de los compañeros de Mahoma; de la vida y leyes de los musulmanes, y del concepto que tuvo el falso profeta de la futura felicidad de los justos.—*Korân*, sura III, vers. 13; sura IV, vers. 60 y 121, etc., etc.

Refutando finalmente Vives la creencia musulmana, según la cual judíos, cristianos, sabeos y cualesquiera otros que crean en Dios y en el juicio final, y practiquen las buenas obras, serán salvos (40), declara:—«La verdadera adoración de Dios, ¿cómo puede existir sino en la verdad, esto es, en que juzgues de Dios y de las cosas divinas no de otro modo que ellas son en sí? Si yo me figuro un Dios muy diferente del Dios verdadero, ¿cómo adoraré á éste, si no es á él á quien se dirige mi adoración? Ahora bien: tú y yo disentimos en nuestras ideas acerca de la naturaleza divina; luego alguna de nuestras creencias ha de ser falsa. Y aquel en quien se halle la falsa creencia, ¿cómo adorará digna y debidamente al Dios verdadero? Nosotros y vosotros nos diferenciamos también mucho de los Gentiles en el dogma, en los ritos, en los sacrificios; ¿cómo, pues, adoraremos todos

debidamente á un mismo Dios, si nosotros no admitimos más que uno y ellos innumerables?»

LIBRO V.

Demuestra en él nuestro filósofo la superioridad de la religión cristiana sobre todas las demás creencias. Recuerda los absurdos y contradicciones de que las últimas están plagadas, las vacilaciones y dudas de los antiguos filósofos, la depravación de la naturaleza humana y la necesidad de la venida del Salvador para la restauración de aquélla. «Se ignoraría todavía la ley natural—dice—á causa de las corruptísimas costumbres que habían adoptado las naciones todas. Cristo repurgó aquella misma ley y allanó su conocimiento á todas las gentes. Así, la que se escaseaba á la inteligencia, por más trabajo y tiempo que se consumiese en buscarla, se representa ya pura y sincera á los ojos de todos y la abrazan; ingratos, con todo eso, con el autor de tan excelente beneficio.»

Prosigue Vives manifestando la excelencia del Cristianismo, ya por la fortaleza que inspira para resistir las adversidades y mirar la muerte sin temor, ya por el régimen de libertad que implica (41). Después de estas consideraciones, expuestas por Vives con una elocuencia que nos trae á la memoria los mejores capítulos de Boecio, termina su obra el filósofo valentino señalando la influencia social del Cristianismo y sintetizando los fundamentos de su fe.

Son, pues, los libros *De veritate fidei christianae* una especie de *Summa contra gentes*, en la cual, á la vez que se rechazan los principales ataques dirigidos contra la Religión cristiana, expónense los principios capitales de ésta.

De notar es que Vives, ni en la presente ni en ninguna otra de sus obras, desenvuelve prueba teórica alguna de la existencia de Dios, con ser ésta premisa esencial de todo su sistema filosófico y religioso. Otro tanto acontece con la inmortalidad del alma, porque las razones que aduce Vives, además de ser muy débiles, tienen más bien carácter moral que metafísico ú ontológico. Por estos motivos considera Schaumann á Vives como precursor de Kant.

No menos digno de observación es—como advierte Lange (42)—el espíritu de caridad y de concordia que anima á nuestro filósofo. Rehuye cuidadosamente Vives toda ocasión de ocuparse en puntos objeto de polémica entre católicos y protestantes. Sólo una vez (43)—y esto muy ligeramente—parece aludir á las doctrinas de los últimos.

*
* *

También son de carácter teológico los opúsculos: *Genethliacon Iesu Christi; De tempore quo, id est, de pace in qua natus est Christus; Clypei Christi descriptio; Sacrum Diurnum, de sudore Domini Nostri Iesu Christi; Praelectio in Christi triumphum, quae dicitur Veritas fucata; Christi Iesu Triumphus; Ovatio Virginis Dei-Parentis; Excitationes animi in Deum; Meditatio altera in Psalmum eumdem XXXVII,* aparte de los *Commentaria in XXII libros De Civitate Dei,* ya examinados en general en la primera parte.

El *Genethliacon* ú *Horóscopo* de J. C. es una ficción (44) por el estilo de la *Fabula de Homine* y del *Christi Iesu Triumphus*, pero mucho más perfectá que éstas. Simula Vives que navegando por el Mediterráneo en dirección á las costas de Asia durante una obscura noche, es arrojado por una tempestad hacia la parte septentrional del Egipto.

Después de anclar, separándose de sus compañeros de viaje, se detiene nuestro héroe en contemplar el espectáculo de la multitud de astros que esmaltan el firmamento una vez serenada la tormenta. Sumergido en esa contemplación, siente un dulce acento que llena sus oídos de gratísima harmonía, producida por los cánticos de algunos pastores, á cuyo encuentro se dirige. Informado de que van en busca del Verbo hecho carne, cuya venida les fué anunciada por un ángel, se une á ellos y llega en su compañía á una pobre choza, donde encuentra á José, á la Virgen y al Niño. Pregúntale Vives á la Virgen si desea que haga el horóscopo del Niño, á lo cual contesta ella manifestándole lo inefable de las virtudes del Salvador. Describiendo luego el horóscopo marcado por la conjunción de los planetas, le habla á Vives de las cualidades de la mansión celeste, de la inmensidad del Sér Supremo, de la Tri-

nidad y de la naturaleza de Cristo, profetizando la labor de la existencia, muerte, resurrección y triunfo del Salvador, y concluyendo por hablar de la venida del Juicio final. Por último, entonan los pastores cánticos en loor de Dios y de la Virgen. He aquí, como muestra de la versificación de Vives, los sáficos adónicos en que los pastores cantan las alabanzas de la Virgen:

«Virgo, quae magnum generas tonantem,
Nec tuus candor maculatur unquam,
Quam theanthropos vocitat Parentem,
Quam colet orbis;

Alma, quae totum genus ipsa nostrum
Actibus vincis superasque vita,
Sola quae Patri placuisse summo
Virgo videris;

Diva, tu nobis, petimus, precamur
Supplices, natum facias amicum,
Crimini ut nostro veniam det, atque
Vivere secum» (45).

Tuvo intención Vives de escribir en verso todo el *Genethliacon;* pero no se creyó después con fuerzas para tanto, contentándose con insertar algunas estrofas al final «ex quibus versificationis meae gustum accipies, et agnosces me *sanum* esse poëtam», dice en la dedicatoria (46) á Juan Briard D'Ath (47).

En la introducción al *Christi Iesu Triumphus,* titulada *Veritas fucata*—la Verdad disfrazada ó compuesta—enumera Vives la multitud de adornos, afeites y pinturas con que se componen las que llama *fucatas mulieres,* para contrastar luego con ese fingimiento la hermosura de la Verdad, «cuyo rostro muestra el candor de la luz eterna y es espejo sin mancha de la Divina Majestad; cuyos ojos, de viva y penetrante mirada, todo lo ven y todo lo esclarecen; cuyo hálito es exhalación de la virtud de Dios y una como emanación del resplandor del Omnipotente.» Descrita en todas sus partes la belleza de la Verdad, supone que ésta, dirigiéndose á los hombres «*sanguine cacodaemonum nati*», que huyendo de su presencia gustan más de ir en pos de las apariencias, les exhorta á que abandonen su ceguedad y

sigan el camino de la virtud y de la justicia. Censurando luego á los versificadores de la época, escribe: «Atqui hoc malum excitatum ab eo tempore video, quo nescio qui poëtastri, tamquam Porcus Troianus, referti anilibus fabellis, huc migrarunt; et quàm vereor, ne posteriores, velut simiae, illos velint non imitari modo, sed etiam mentiendo vincere, quod iam passim fieri video, atque adeò ut ipsa domo mea prorsus expellar: ¿ubi nunc vos iacetis philosophi, quibus hoc constitutum gymnasium fuit, quibus solis haec parata est palaestra, quin ex domicilio vestro *istos poëtistas et vanos homines* avellitis, vosque vestram hanc nobilissimam rempublicam, mundam, florentem, nulla foece hominum contaminatam et pollutam, in pace et iustitia gubernatis, nam et me iustitiae filiam Tullius Cicero meus fecit? ¡Quam Platonicum illud ut alia eiusdem permulta verum esse experior, beatas fore respublicas si eas vel philosophi regerent, vel earum rectores sapientiae contingeret studere! ¡Utinam huius hominis et divini illius Socratis, nunc valeret auctoritas, qui Homerum, et mendaces hos poëtas, tamquam publicos morum corruptores, è sua civitate propulerunt, quos etiam à sacris certaminibus arcendos Heraclitus Ephesius censuit!» (48).

Las *Excitationes animi in Deum* comprenden una serie de opúsculos teológicos, cuyos títulos son: *Praeparatio animi ad orandum, Preces et meditationes diurnae, Preces et meditationes generales, In precationem dominicam commentarius.*

Notable es el Prefacio de las *Excitationes,* por las atinadas reflexiones que en él hace Vives acerca de los requisitos y finalidad de la oración. Como en la *Concio de sudore nostro et Christi* (49), manifiesta nuestro humanista en este lugar que la oración viene á ser una conversación de nuestro espíritu con Dios, en la cual exponemos en breves palabras nuestra solicitud. «Empero conviene juntamente con esto que nuestra oracion sea sabia y bien ordenada, porque no habemos de tratar con Dios como con un hombre de nosotros, que pensemos que Él se deleita y se atrae oyendo contar sus alabanzas y altas hazañas. Como quando le dezimos que es todo poderoso, que ha criado el cielo y la tierra, y que

ha hecho grandes cosas y admirables, las quales en ningun humano coraçon pueden caber, cuanto mas ser explicadas por la boca. De hombres sería la tal pasion ser movidos y deleitarse con sus alabanzas, y aun no de los mas sabios, y con todo esto no son pocos los que cuando rezan, preguntados que es lo que hacen, responden: alabo á Dios. ¿Que razon es esta? ¿Que es lo que juzgas ó piensas tu entonces, que es Dios algun principe vano y tu su lisonjero, que como truhan le estas temporizando y lisonjeando para alcanzar dél alguna cosa que tu desseas? Antes has de entender que toda oracion o plegaria no fué hallada ni ordenada por lo que a Dios toca, sino por nuestra causa, a cuyo provecho se refiere.»

«Y alguna esperança tengo—concluye Vives—que podran hallar lugar estas mis oraciones entre aquellas que compusieron algunos hombres friamente y con poco juyzio, y sin dignidad alguna de palabras ni sentencias que se requieran en cosas de tanto peso, y con todo esso son leydas, solo con tener titulo de oraciones, de muchos no leydos, que no tienen cuydado ni respecto de alçar su animo en amor de Dios quando rezan, sino solamente de derramar vn gran monton de palabras amontonadas como quier que sea. Es ciertamente que yo no pienso que haze al caso con que palabras ores y rezes. Empero va mucho en quanto te alces y leuantes con tu spiritu en el amor y conoscimiento de Dios orando. Assi que qualquier oracion que haze esta operacion de leuantar el spiritu a Dios, es la que es apta y verdadera y conuenible, porque no tiene el señor respecto a la eloquencia del que dize o al artificio con que lo dize. Las quales dos cosas, assi la eloquencia como el artificio nuestro, son muy flacas, debiles y de muy poca estima, considerando lo que a dios se deue y pertenesce. Empero dios tiene respecto a la mente y voluntad del que ruega, la qual el solo oye. Y avn antes que comience a hablar.»

La *Preparación del espíritu para orar* es una colección de sentencias y pensamientos filosóficos por el estilo de la *Introducción á la sabiduría*, donde Vives reúne las materias de meditación más importantes. Algunas de estas sentencias son verdaderamente admirables. Tal acontece con

las siguientes: *No querâis saber más de lo que conviene saber, antes procurad de saber moderadamente lo que vos fuere necesario; Tanto sabes quanto obras; Acuérdate que no ha de ser la lengua sola la que ha de orar, sino tu pensamiento y corazón; No busques las cosas más altas que tu entendimiento.*

Contienen las *Preces y meditaciones diarias y generales* multitud de oraciones breves, sencillas y bien sentidas, para los distintos momentos de la vida, v. gr., para el acto de levantarse, para el de vestirse, para el de salir de casa, para el de comer, contra la soberbia, contra la ira, contra la carne, etc., etc. Entre ellas hay algunas por la Santa Iglesia Católica y por la paz y la unión del pueblo cristiano. Otras se dirigen á la Virgen, á los Mártires y á los Santos «en los cuales debemos venerar—dice Vives—la semejanza con Dios y nuestro Señor Jesucristo».

El párrafo titulado: *Salida para contemplar las aflicciones de Cristo nuestro Dios,* es quizá el trozo más elocuente y bello de toda la obra.

Al final de ésta se hallan los *Comentarios al Padre nuestro.* Encarece Vives en el Prefacio la excepcional importancia de la oración dominical, de la cual proceden todas las demás «como un riachuelo emana de una gran fuente», y pasa luego á su exposición, comentándola palabra por palabra. También Juan Martínez Silíceo compuso unas exposiciones del Padre nuestro, que dedicó al Príncipe Don Felipe y publicó en Toledo en 1550. Pero hay más unción en el comentario de Vives; está éste más empapado del espíritu del Evangelio. El opúsculo de Vives es la plegaria pura y sencilla de un corazón recto y abrasado en el amor de Dios; el de Silíceo es antes que nada el comentario de un *dómine* ó el *quodlibeto* de un teólogo de profesión (50).

Obsérvase en las *Excitationes,* como hace notar Lange, un sentido más rigurosamente católico que el predominante en anteriores escritos de Vives, sin implicar no obstante cambio alguno de dirección en su pensamiento religioso, siempre austero y elevado, siempre revestido de aquella severidad romana que distingue las obras morales del humanista valentino.

Del *Christi Triumphus* y demás opúsculos teológicos de Vives hemos hablado ya en la Primera parte de nuestro trabajo. En cuanto á las *Meditationes,* son obra de piedad y de religión, sin propósito dialéctico de ningún género, aunque no falte en ellas algún rasgo satírico contra la presunción escolástica. En general están todas cortadas por el mismo patrón: son amplificaciones y comentarios puestos en boca del salmista y desarrollados sobre la base de los versículos del texto, enalteciendo la infinita misericordia del Creador y ponderando la miseria humana, la necesidad de la fe para la justificación, y los méritos de la redención del hombre por Cristo, cabeza de la Iglesia. La IV Meditación, quizá la más notable de todas, comienza por un diálogo entre Vives y el salmista, en que aquél pregunta al último por la causa de sus lamentaciones, contestando éste con una bellísima oración (51). El estilo, aunque duro en ocasiones, es aquí menos áspero que en otras obras de Vives; pueden señalarse trozos impregnados de la más fervorosa unción.

*
* *

Cinco obras notables, debidas á pensadores españoles que siguieron la inspiración vivista, marcan época en la historia de la Teología:—las *Relectiones theologicae* del Padre Francisco de Victoria—Lyon, 1557;—el libro *De restituta Theologia* de Fray Luis de Carvajal—Colonia, 1545;—el tratado *De recte formando theologiae studio* del erasmista Fray Lorenzo de Villavicencio—Amberes, 1565;—el *De locis theologicis* de Melchor Cano—Salamanca, 1563;—y los *Hypotyposeon Theologicarum sive regularum ad intelligendas scripturas divinas, libri X.* de Martín Martínez Cantalapiedra,—Salamanca 1565.—En todos ellos procúrase volver la Teología á los buenos tiempos de los Dionisios, Ireneos, Ciprianos, Basilios, Crisóstomos, Jerónimos y Agustinos; purificar su estilo; ilustrar su método, y apartarla del aspecto bárbaro y contencioso que había llegado á tomar (52).

De lo que era la Teología antes de estos ilustres varones

y aun de lo que siguió siendo largo tiempo después, pueden dar idea las siguientes palabras de Hernando Alonso de Herrera en su *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces:*—«Mostradme uno tan solo en los letrados deste tiempo que pueda dar razon de lo que disputa, o que quando argumenta vaya encaminado por arte, sino por do le lleva el impetu natural, o que le ayan passado siquiera por entre sueños aquellos cinco principales puntos que se han de mirar en toda disputa prudente;..... Jarretan los ingenios y estragan los entenderes, que ni en lo natural ni moral, ni en mathematicas o theologia seamos quales deviamos o podiamos ser llevando el verdadero camino de las artes y no el ástroso, y por esso en estos tiempos borrados no ay onbre que tenga esperanza de ser encumbrado theologo ni alcançar de mil partes la una de aquellos mysterios suavissimos de que gozaban aquellos santos padres nuestros antepassados; ya los artistas se han tornado canonistas, que en lugar de razones arrojan textos, y no afinan hasta lo bivo la verdad con valança de razones infallibles» (53).

En la Edad Media, como es sabido, tuvo el estudio de la Teología una importancia excepcional. El bachillerato de esta Facultad constaba de tres grados en la Universidad de París: el de los *biblici ordinarii* y *cursores*, cuyo trabajo consistía en dar lecciones sobre la Biblia y en disputar; el de los *sententiarii*, que explicaban el Libro de las Sentencias, de Pedro Lombardo; y el de los *formati,* que daban conferencias y predicaban, sosteniendo á veces discusiones públicas. Para ser admitido al grado de *sententiarius* era preciso justificar que se había estudiado Teología durante nueve años y dado dos cursos sobre la Biblia. El estudio de la Dialéctica solía preceder al de la Teología.

La interpretación filológica de la Biblia estaba entonces prohibida, y todo el estudio teológico se convertía en disputa continua, que á veces daba lugar á violentas é indecorosas escenas. Precisamente porque preparaba mejor para la discusión, era preferido el Libro de Pedro Lombardo á la Biblia, siendo explicado aquél por el método de las cuestiones (54).

Por eso la obra de Vives y de los demás renacientes que

abogaron por la simplificación de los estudios teológicos, más que novedad fundamental y de doctrina, representaba un sentido de rectificación en el método. Quizá hubo exageración en este movimiento, perdiéndose en precisión y en agudeza lo que se ganaba en serenidad y en *sentimentalismo teológico;* pero estaba perfectamente justificada la reacción contra el procedimiento disputativo, donde la vanidad personal, el deseo de gloria y el amor propio, hacían olvidar con frecuencia la gravedad del asunto y la santidad de la disciplina.

III

Doctrina lógica de Vives. La Crítica. La Metodología.

FUENTES:

A) *De instrumento probabilitatis.* (III, 82-120).
B) *De explanatione cuiusque essentiae.* (III, 121-141).
C) *De censura veri.* (III, 142-184).
D) *De causis corruptarum artium.* (VI, 1-242).
E) *De tradendis disciplinis* (VI, 243-437).
F) *De Aristotelis operibus censura.* (III, 25-37).

Por una cita consignada en el IV libro *De causis corruptarum artium* (1) sabemos que Vives tenía ya escrito el tratado *De instrumento probabilitatis* antes de componer el *De disciplinis*. Ignoramos si acontecería otro tanto con los demás opúsculos que integran la lógica vivista, pero nos inclinamos á la afirmativa, dado el carácter orgánico de la susodicha Lógica.

Siguiendo el plan del *Organon* aristotélico, podríamos distribuir del siguiente modo la serie de tratados de Vives referentes á la Lógica:

PRIMERA PARTE. *(De inventione argumentorum.)*

A) *De explanatione cuiusque essentiae.* (Teoría de la definición. ÚLTIMOS ANALÍTICOS).
B) *De instrumento probabilitatis.* (Dialéctica: TÓPICOS).
C) *De disputatione.* (Comprende parte de lo que Aristóteles denominó PRÁCTICA DIALÉCTICA y la REFUTACIÓN DE LOS SOFISTAS).